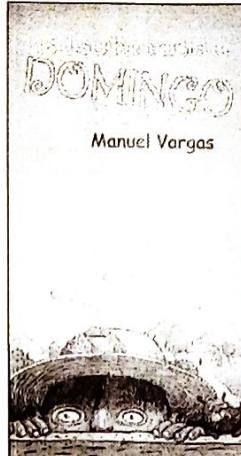


Los descubrimientos de Domingo Segundo



Laguna Seca

Laguna Seca es un pequeño rancherío donde no hay lagunas secas ni mojadas. Pero si tiene su río, su cerro, su pampa, su sol, sus huertas. En ese tibio revoltijo, nació y creció Domingo Segundo.

Al principio, cuando estaba en el vientre de su madre, ya daba qué hablar a sus padres. Y su hermana Enriqueta estaba loca por conocerlo. De pronto, la semilla se desprendió de su vaina, y... el niño nació.

Ni bien se enteró de la novedad, se puso a llorar. Y como vieron que tenía huevos y pajarito, le pusieron nombre de varón: Domingo Segundo como su padre.

Mirenlo, ya de año: no es más que un bicho oscuro y lloroso, gateando encima de la caja...

Los ponchos ásperos tienen siete colores, visibles en la penumbra. Se acerca a la orilla y ¡pum!, al suelo.

No importa caerse, la cosa es saber levantarse. ¿Pero por qué está todo oscuro? Se vuelve gateando hasta chocar con la pata de la caja. Viento afuera, se queja la puerta, entra luz y el niño puede mirar su cuerpo: está lleno de manchas rosadas. Quiere asirse del aire y ¡pum! El suelo se acerca a su frente. Entonces dice: "Leche, leche, Mami, mami", y sale gateando al patio.

Orines, tierra, hojas secas bailando. Logra pararse, pero pronto vuelve a apoyarse en el suelo. Hasta que viene su hermana Enriqueta y lo levanta.

Al ver las manchas en el cuerpo de la guagua, dice:

-¿Qué tendrá éste? ¿Será el tabardillo? ¿Picau de pulgas? ¡Susto! ¡Vamos a tu cajón!

No, ella no lo entiende. Domingo Segundo sólo quería tomar leche de la tetita de su madre. Escucharla, sentir sus manos. Abajo paja y trapos mojados, arriba las cañahuecas del techo. Quería gatear por el patio, quería ser libre y volar como los patos de la huerta... vuelve su hermana y le dice:

-Nos vamos pal pueblo, nos vamos pal pueblo.

-¡Pueblo! ¡Pueblo! -repíté él mientras ella lo levanta y lo envuelve en su manta.

Enriqueta lanza una carcajada; esta vez parece que le entiendo.

-Si, vamos a encontrarla.

De manera que su madre ha ido al pueblo.

Olor de hojas secas, viento en los árboles y ella no aparece. "Chucos, mami".

-Ya, ya, por allá viene, ya, ya -le consuela su hermana.

Pero no era su madre sino una prima con guagua chiquita.

-Yo tengo harta leche, ¿le doy?

-Qué va a querer.

-A ver prestámelo.

Domingo Segundo siente otros brazos y otro olor, se abalanza a las tetas y toma leche con risas, hasta quedar dormido.

Muchas veces se quedaba solo. En la cama, en el corredor, en el patio. Un día, como borracho avanzaba sin saber adónde, miraba a todos lados y no veía pies ni piernas. Ya estaba por llorar, se volvió, tomó otra dirección, ¿quién lo llamaba?, ya no podía más, ¿adónde ir?, estaba por caer... Entonces vio, olió a pocos pasos, las rodillas de su papá. Llegó a sus brazos y saltaron dos lágrimas como chispas de luz. Cubierto por el saco que él levantó a manera de cueva, movía la cabeza y refregaba su rostro en el chaleco.

-¿Nos vamos? -preguntaba el padre.

-¡Nos vamos!

-¿A caballo?

-¡A caballo!

Y se levantaba y lo colocaba a horcajadas en una de sus rodillas. Adiós frío, adiós, silencio, adiós penas.

-Mami, ¿dónde estoy? ¿Quién soy yo, mami? ¿cómo me llamo?

-Domingo Segundo

-¿Y mi hermana cómo se llama?

-Enriqueta

-¿Y usté, mami?

-Marina.

-¿Y mi papá?

-Domingo Segundo.

-¿Y aquí, cómo se llama, mami?

-La casa, aquí es la casa.

-¿Todo esto es la casa? ¿Y dónde está la casa?

-Junto a la chacra, junto al corral, al lau del callejón.

-¿Y dónde está el callejón?

-En Laguna Seca. Aquí es Laguna Seca.

-¿Por qué?

Doña Marina suspiraba.

-¿Y yo, dónde estoy yo, mami?

-Aqui.

-¿Y mi papá? ¿Y mis otros hermanos, dónde están?

-Aqui. Aquí -suspiraba su madre.

El diablo y otros seres

A Domingo Segundo le ocurrían cosas... Como el caso del asientito y el pantalón celeste. Pero antes, fue el caso el diablo. Estaba recostado en su cajón del corredor, cuando una oscura le tapó la vista. Su respiración se detuvo, salió el grito y el mundo se volvió rojo. Se acercaron las risas de Enriqueta:

-¿El gallo lo ha asustado a la guagua! ¿Quién dejó abierta la puerta de la huerta pa que se entren las gallinas al patio? -y siguieron las risas.

Ella creía que era el gallo, Domingo Segundo sabía que

era el diablo escondido en su ala. Y entonces sí, entonces se puso a llorar.

Pero habían objetos amables, como el asientito. Madeira oscura, patas con barro y polvo, liviano y fácil de cargar. ¡Dónde no andaba!, en el corredor, en la sombra de los árboles del patio, en la cocina o en la casa grande. Y hasta en el corral o a la orilla de la chacra. Lo fabricó un tal Segundo Villagómez, padre de la madre del último Domingo Segundo.

-¡Andá traeme el asientito! -le decían a cada rato.

Estaba junto al batán donde su madre molía el aji colorado. Estaba en el corredor donde su padre arreglaba abarcas o fabricaba sogas con barba de palmera.

-Quiero chucos, mami.

-¡Andá traeme el asientito!

Y caminaba tras ella por el patio, la huerta o la cocina. O por la orilla de la chacra, una mano prendida de su mano y la otra arrastrando el asientito. Porque cuando ella al fin se sentaba, ah, se acababan los miedos y las desdichas.

En cambio, el pantalón celeste... ¡cosa del diablo! Tirado en el suelo, parecía moverse solito con reverbero de víbora. Le recordaba a los fustanes y camisas que usaban las mujeres. ¡Claro! La tela de ese pantalón fue primero un fustán de su madre. Y ella se lo cosió solo por aprovechar una tela. Seguro lo hizo en un rato de pena o de rabia... Si no quería comer, si hacía alguna travesura, si se empacaba, oía a su papá o a sus hermanos:

-¡El pantalón celeste! ¡Pónganle!

Y gritaba y pataleaba, mientras se lo ponían a la fuerza.

Después, a escondidas, se lo sacaba. Creció y el pantalón, aunque no del todo viejo, ya le quedaba chuto. Sin embargo, todavía escuchaba: ¡El pantalón celeste!, y temblaba y le daban ganas de llorar. Las palabras de burla eran peor castigo que el mismo pantalón.

En una de las esquinas de la cocina estaba el batán: una piedra grande y lisa sobre otras chicas cubiertas de barro, abumadas, húmedas, sucias de restos de comida. Buscó una que estuviera suelta y la removió, levantó la vista hacia la tranca del corral, luego hacia la puerta de la huerta, nadie... ¡Eso es!, aquí lo meteré pa comida de los ratones. Y acabó la historia del pantalón celeste.

Manuel Vargas. Huascañada, Santa Cruz - 1952. Narrador. Director de la revista de cuentos "Correvidille" y de la revista infantil "Chaski".

